

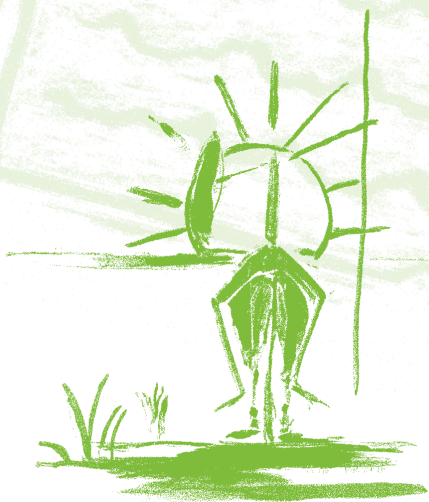


ANTHROPOS

2005

Tiempos de leer en soledad, para pensar
y experimentar lo inédito del vivir

El libro, memoria de vida



En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. [...] Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. [...] él se enfrascó tanto en su lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. [...] Rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.



Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes de los ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.



Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue

visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. [...]

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro.

[Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*]

Parábola de Cervantes y de Quijote

Harto de su tierra de España, un viejo soldado del rey buscó solaz en las vastas geografías de Ariosto, en aquel valle de la luna donde está el tiempo que malgastan los sueños y en el ídolo de oro de Mahoma que robó Montalbán.

En mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel.

Vencido por la realidad, por España, Don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes.

Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.

No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que la Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto.

Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin.

[Jorge Luis Borges, *Obras completas 1923-1972. El Hacedor*]

[...] el que no lee es que no tiene necesidad de ello. Le basta con la vida de los sentidos y las satisfacciones de su psicología, le basta con el mundo que se ve y se toca, su plana realidad, y le basta con su vida, está satisfecho de ella. No tiene necesidad de otras vidas, de ninguna aventura interior, de llenar su alma con el pensamiento y la sensibilidad de los siglos, de ajustar su razón para el conocimiento, de saber cómo se es hombre. Ese alguien está tan tranquilo y feliz sin todo eso, y éste es el primer momento de la historia humana en que las gentes, a comenzar por los jovencitos, se sienten felices de ser a-ilustrados. Y ni por asomo pueden sospechar lo que es un libro —cuando es un libro, claro está— para la vida humana. Y a ese señor ¿qué puede decirsele para que lea, y para qué va a leer, o qué es lo que puede leer? Ésa es la cuestión. Si alguien no se percata de que las vivencias más profundas de su vivir y el ejercicio de su razón depende de los libros nunca podrá tener de éstos una idea seria, sólo tendrá una idea instrumental o de adorno, entretenimiento o distinción social. [...]

Las nuevas generaciones no parecen entender con la generalidad con que esto se entendió en el pasado que un libro o un cuadro tienen que ver con la vida y con el yo de un modo sustancial, que puede trastornarlos y, desde luego, ofrecerles un profundo disfrute.

[José Jiménez Lozano, *Una estancia holandesa. Conversación*]

Tiempos de leer y pensar un vivir inédito, original. Necesitamos configurar otra vivencia, una resurrección y un despertar como la primavera que retorna pujante y precisa en su día, y nos entrega sus dones con generosidad y alegría en forma nueva y abierta a un porvenir imprevisto, otro. Vivir sin pensar es un horror, un infierno anticipado y previo; desconocer toda la sensibilidad y autenticidad del ser humano; adentrarse, ingenuos, en el horno crematorio y habitar desde la inconsciencia simbólicamente el campo de concentración en el que se pierde la dignidad del morir y nuestros restos se volatilizan sin dejar huella ni memoria. Ciertamente que leer no es un acto cualquiera, sino una profunda singularidad que crea intimidad, trama, urdimbre y pensamiento; alienta a un vivir íntegro. Sólo el verdadero libro, más allá de modas, tópicos y mercados, inventa y abre esta dimensión interior, meditativa del vivir que trasciende y crea situaciones de experiencias constructivas y procesuales.

En el actual contexto digital, mediático, impositivo y tendente a la homogeneización del vivir, el pensar y el sentir en el ámbito de una sociedad red e informacional, se requiere imaginar de nuevo qué es, en verdad, un libro, su naturaleza, contenido, funciones y transcendencia en tanto invento de uso muy personal y útil para un desarrollo del propio psiquismo, la conciencia y la libertad de pensamiento. De lo que no cabe duda es que, de ahora en adelante, ya no se le podrá llamar libro a la mera información o a un conjunto de datos metodológicamente elaborados y estructurados. Éstos ya no vendrán encapsulados en el formato libro ni en papel, sino en otros soportes más dinámicos y cambiantes, decididamente hipertextuales y más cercanos al medio audiovisual. El libro no necesita incorporar ninguna de estas herramientas propias del medio digital, ya que su dinámica no está en el objeto sino en la mente del lector. Es en el acto de lectura donde surge la hipertextualidad y las imágenes audiovisuales. El libro, en realidad, centra sus objetivos y contenidos en la producción del pensar, idear y narrar una experiencia siempre plural. Cuenta las historias de dolor y alegría; de búsqueda e inquietud en las que la condición humana se debate en su constante e intemporal problemática. Así, el libro viene a ser también intemporal. Se vincula al propio acaecer de la condición humana. Será ya siempre un texto que da que pensar. Su finalidad es contribuir, por la acción activa y dialogante de la lectura, a conformar la experiencia de la creación de pensamiento, conciencia y elaboración del psiquismo individual en un contexto y entorno plural.

Nuestra felicitación de este año es una invitación a leer una obra extraordinaria y paradigmática del vivir humano: *Don Quijote de la Mancha*. Y así la *Mancha* se constituye en un espacio marcado para siempre por la singularidad de una vida, la del hidalgo lugareño. Su actividad más significativa es la lectura monotemática por la que viene a perder el juicio y le lleva a olvidar sus menesteres cotidianos. Su locura se configura, entonces, como empresa y aventura. Pero lo primero fue darse un nombre: Don Quijote de la Mancha, «con que... declaraba muy al vivo su linaje y patria». Lo que le llevará a tener una clara conciencia de sí mismo: *Sé quien soy*. Cervantes y Don Quijote



conviven, pues, entre dos mundos, y con las tensiones que en ellos crea el pensamiento erasmista: la dualidad de la verdad, la ilusión de las apariencias y el elogio de la locura. De este modo, Don Quijote se convierte en actor de su propia aventura. Y eso es lo que en verdad importa. Don Quijote lee y su lectura dice lo que la realidad es, con lo que esta actividad conlleva una total coincidencia con su vida. Cervantes sabe de su novedad y soledad, es un creador. Nace en su libro la compañía dispar y la convivencia en la diversidad: «Cada cual es artífice de su propia aventura». Hay un constante diálogo entre realidad e irrealdad. Por eso mismo, se advierte cómo en lo más profundo del ser humano habita un imaginario en el que late la definitiva ausencia de *tuyo* y *mío*, un deseo operativo de vivir juntos con los otros únicamente en razón de la condición de seres humanos; la imagen de una vida expresión de la libertad y gratuidad en cuya función se significa el placer de la felicidad, de la convivencia amical, la experiencia viva, próxima a la concordia. En el mismo núcleo de la realidad se halla un principio esperanza que nos ofrece siempre una utopía debida a nuestra creación e invención social. Don Quijote nos da a conocer y a sentir el hálito de su espíritu. El *Quijote*, pues, es el libro de los libros.

Ni la contundencia de los hechos más clamorosos y graves, ni la facticidad más impositiva e inexorable del irse de un tiempo irreversible, fatal, expresan con verdad el palpito de lo real, la inviolable entraña de la vida. Sólo la invención poética, la imaginación y sus creaciones, revelan el corazón de la realidad, la entidad profunda de los seres, la habitación escondida del tiempo. No la historia sino la ficción, el arte, es realidad de verdad; estructura radical y dinámica de cuanto acontece a los seres en su secreta e indeterminada esencia. Miguel de Cervantes se configura como uno de los más altos ontólogos e investigadores de las realidades del tiempo, de sus sistemas, libertades, sueños y monstruosidades. Soñar la verdad en el tiempo, invención poética que dice cuánto de hermoso se encierra en el cosmos: ficción, núcleo íntimo, profundo de realidad, arte, anticipación, profecía y utopía, edad de oro, origen, espacio, en los que puede lavarse el alma en el agua nueva, toda presencia y destino de porvenir, donde nace cada día el tiempo y la hazaña, al alba, y sale sólo al camino... en peregrinación por el laberinto. La poética narrativa se hace historia, noticia, fragmento y esbozo... sólo una vida anda por sí misma... En los espejos del tiempo se refleja la memoria del caballero, la aventura y hechos de Tirant lo Blanc, en quien la vida se hace quehacer heroico, imagen y realidad de tierra, gloria y fama; estela y tradición de la escritura y la imaginación donde queda perdida la vida en historia, relatos y pasiones que se inventan.

Admirable recreación cervantina de la vida, de la historia y del tiempo. La realidad profunda habita el núcleo de la imaginación, del sueño, de la ficción. Ningún camino tan importante ni radical para descubrir con verdad la realidad como la ficción, la narración poética, la estética y la ética de la invención de Miguel de Cervantes. La novela es el mejor análisis de la producción social de la realidad y sus nuevas posibilidades de determinación, la ruptura de la facticidad y la definitiva apertura a horizontes de aurora, de alba siempre en camino. La novela está en estado de invención de otro mundo, de otra realidad. Ella es



la narración de un sujeto que nunca permanece encerrado en una única lectura o expresión, sino que va más allá, es una polifonía de voces, de lecturas, escrituras e inventos, de novedad y porvenir.

Don Quijote, cumplido su quehacer y empresa, vencido, vuelve a su aldea, cumple su fin y acepta la muerte para el renacimiento eterno de su figura lectora y experiencia de maravillas. Don Quijote pasa a formar parte de la historia de la literatura. Y así lo reconoce J.L. Borges: «porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin». Adentrarse en la obra cervantina es horadar la intimidad y crear, expresar la dimensión nueva del cosmos y del soma, la imagen de la otredad vivida y esperada en el actuar del tiempo.

El libro es, ante todo, narración, cuento, historia y memoria de la experiencia vivida. Nos acercamos al espíritu cervantino de José Jiménez Lozano y a un concepto del escritor, la escritura y la lectura. Y así, descubrir en el *Quijote* un mundo realista, peculiar y diverso. El amor de Cervantes por lo sobrenatural y maravilloso muestra en su radicalidad la antinomia de lo «real y poético». Por otra parte, vemos que los protagonistas del *Quijote* son los lectores del mismo. Cabe, entonces, preguntarnos «¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del *Quijote*?». El sueño de todo gran escritor no es el componer un *Quijote* más, sino *el Quijote*, el libro absoluto más allá del tiempo y de la narración de una vida. Pero «el *Quijote* —nos dirá Borges—, es un libro contingente... innecesario». Como todo verdadero ejercicio intelectual, que en el fondo aparece como inútil. Pero el *Quijote* es, ante todo, un libro, el paradigma de todo libro. En el sentido en que el libro configura la vida, crea conciencia y elabora un psiquismo singular en una pluralidad referencial. El libro es conversación y diálogo de amigo y maestro. No da órdenes, únicamente ofrece sugerencias, incitaciones hacia la interioridad. El libro es narratividad, cuenta historias; aporta medios y estímulos para reflexionar hacia los adentros, hacia el mundo del silencio; camina hacia el fondo vital y propio. El libro es atemporal porque pertenece al nervio de la condición humana; es el espejo que revierte hacia el interior nuestra mirada. Crea el imaginario de nuestros valores y de nuestra acción.

Pero el libro es, ante todo, narración, contador de historias, imagen de la propia intimidad, de sus secretos. Todo libro oculta siempre un gril; es invitación comprometida a hacer lectura y expresión de los adentros. La lectura simboliza la pasión de vivir, de aventura interior, de viaje y necesidad de iniciación del espíritu.

¿Quién puede estarse sin leer? Únicamente quienes se contentan con lo que ven y perciben sus sentidos, con el mundo de lo dado, sus sensaciones y referencias; quien no necesita otra vida ni es capaz de una verdadera aventura interior; quien todavía no ha descubierto que un libro tiene que ver con la raíz misma del vivir. Por eso mismo, el libro dice relación con la vida de un modo sustancial. Pero lo que importa es narrar «la pequeña vida de los seres humanos»... Ellos «son los que pueden decirnos algo nuevo». Ellos nos relatan que no puede haber libertad ni en la ignorancia ni en la banalidad y que merece la pena vivir y luchar por una *incierto esperanza*. Ahora



bien, «Sólo en el tiempo más reciente los historiadores se han decidido a preguntar a las víctimas, a los silenciosos y a los invisibles, pero su rostro y su voz sólo la narración puede salvarlos». Puede decirse así que en esas gentes brilla la lucidez y la frescura, «la compañía de gentes sencillas es como un don». Y así «un libro de narraciones debe oler a hinojo». De este modo, es admirable sentir «el silencio de los aplastados como el Cristo en la cruz». Pero esas voces silenciadas esperan el día de la justicia: «bien pudiera deducirse que el terrible libro, en que se contiene toda nuestra aventura humana... es el Cantar de los Cantares».

El libro es el espacio en el que se escribe y muestra la vida, se guarda la memoria de nuestra relación con lo Otro. De esta manera, narrar siempre será «encontrarse con rostros que nadie conoce sino tú, con voces que nadie ha oído sino tú, pero sólo si sabes donde están esos rostros y aguzas el oído para escuchar su voz; sólo si acudes a los suburbios de la historia, a sus subterráneos, quizás a sus muladares» —dice Jiménez Lozano. Pero cualquier ser humano posee «el poder de la lectura-escritura y de la hermenéutica de los signos y de los *facta*, e incluso quienes pueden decidir también lo que es ser hombres o desechos humanos, lo que es la realidad»... La vida humana sin duda es pluralmente polisémica y enigmática. Nos persigue siempre un anhelo de transfiguraciones y presencias reales. Los adentros, más adentros, están habitados, generalmente, por la aventura tensa del espíritu. Y en virtud de esa fuerza y promesa interior que «no hay nada que me apasione más en este mundo —continúa José Jiménez Lozano— que esto de escuchar o leer historias, sólo contarlas después». Por eso mismo toda narración «se ve y se escucha en los adentros».

El tiempo abre sus entrañas y deja indefinida la senda de la imaginación para que colme con su acción lo inédito. Se nos entrega cada año el *libro de la vida* que relata muy en los adentros la figura emergente de un espíritu que entiende y participa de las salidas de Don Quijote, de sus aventuras y de su vivencia democrática con la gente que encuentra en los caminos. Así, todo es Gracia y Libertad, conversación, invención de presencias, significación y referencias. Todo lo imaginado se hace real. De este modo canta poética y admirablemente Angelus Silesius: «La rosa es sin por qué, florece porque florece. / No cuida de ella misma, no desea ser vista».

Ésta es la naturaleza del libro y Don Quijote: una invitación a participar y experimentar qué es adentrarse por el estado de Gracia y Libertad. Leer un libro es calar en la narración, en el relato de historias configuradoras de intimidad y construcción de una interioridad; de la conciencia y de la entraña misma del psiquismo singular-plural: ser con los otros.

La lectura invita a pensar. Y pensar es inventar otra realidad. El libro es invento de intimidad y pensamiento.

El tiempo del 2005 es invitación y aventura: atreverse a leer el *Quijote* como experiencia de nueva vida.



